



CONSEJO  EDITORIAL

# Filtrando imágenes

ENRIQUETA OCIOA

*Filtrando imágenes*

Antología poética

ENRIQUETA OCHOA

- © Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza  
© Secretaría de Cultura  
© Consejo Editorial del Gobierno del Estado

## ***Filtrando imágenes***

Antología poética

Enriqueta Ochoa



Cuauhtémoc sur 349  
Saltillo, Coahuila

Esta obra es publicada sin fines de lucro  
y su distribución será gratuita.

Diciembre de 2020

Impreso en Saltillo, Coah., México

## **Presentación**

LEER NO ES SÓLO una cuestión que lleva al crecimiento interior de la persona como un alimento único e insustituible para el espíritu, sino también una actividad que conduce al crecimiento de la colectividad, porque la sociedad en que vivimos exige cada vez más ciudadanos pensantes.

La lectura es considerada como fuente de información y comprensión, práctica que además de incrementar el aprendizaje, desarrolla otras facultades del intelecto y es el medio adecuado para que la sociedad pueda conocer la cultura propia y actualizar continuamente sus conocimientos.

Por ello mi administración incluye dentro de sus objetivos la creación de las condiciones necesarias para que todos los coahuilenses tengan acceso a esta experiencia tan beneficiosa. Una de las acciones emprendidas, a través del Consejo Editorial del Estado, es la creación de la Colección Clásicos de

Bolsillo: conjunto de publicaciones ágiles, amenas y de rápida lectura.

Al planear su edición, el Consejo Editorial determinó que estos libros fueran de muy fácil manejo y se seleccionaron textos no muy extensos en diseño pequeño. Las dos primeras emisiones comprenden 10 títulos de autores de fama universal: Gustavo Adolfo Bécquer, Miguel de Cervantes, Emilia Pardo Bazán, Rubén Darío, Leopoldo Alas *Clarín*, Antón Chéjov, Guy de Maupassant, José Joaquín Fernández de Lizardi, Edgar Allan Poe y Oscar Wilde.

Con el propósito de preservar y difundir la memoria editorial de la entidad, la tercera emisión se dedicó a cinco autores coahuilenses con señalados méritos en la literatura de nuestra región y en el estado, por lo que el nombre sufrió una variación: Colección Clásicos Coahuilenses de Bolsillo, que incluye textos poéticos y narrativos de Manuel Acuña, José García Rodríguez, Rafael del Río, Felipe Sánchez de la Fuente y Julio Torri.

En su cuarta entrega, el Consejo Editorial continúa el rescate y difusión del acervo literario creado por

coahuilenses e incluye en estos libros de bolsillo a Carmen Aguirre de Fuentes, Enriqueta Ochoa, Magdalena Mondragón, Otilio González y Artemio de Valle Arizpe.

De esta manera el Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza ofrece a las nuevas generaciones la oportunidad de deleitarse con las creaciones literarias de estas mujeres y hombres de letras del siglo XX, espejo del tiempo en que vivieron. Deseo que el lector pase momentos placenteros durante su recorrido por las páginas de estos Clásicos Coahuilenses. Los invito a continuar realizando esta enriquecedora práctica y a compartir la experiencia que les deja la lectura.

**Miguel Ángel Riquelme Solís**  
Gobernador Constitucional  
del Estado de Coahuila de Zaragoza

## Las urgencias de un Dios

¡Cuánto girón de cielo prometido  
que no puedo creer,  
que no logra sitiarme  
ni adormecer mi sien  
ni incitarme el afán!

No rebusquen más mitos en mis labios.  
Soy la furia salvaje de una criatura  
abandonada en el monte,  
sin conocer más padre que el sol que ha requemado  
[mi epidermis  
ni más madre que ese lamento gris de tierra  
que indefinidamente me derrumba y me levanta.

Una urgencia por Dios toma el vocablo.  
¡Lo que nos pasa a veces!  
Si cuando niña se me hubiera dicho:  
“Ante Dios,  
afloja la rodilla y baja el rostro”,  
yo hubiera obedecido.  
Pero nadie sopló luces de mitos en mi frente

ni se movió en los nervios de mis actos  
–aprendí de mi abuelo a levantar las cosas por mi  
[mano–

y fui sólo el bárbaro explorador sin ropas  
que arañando la piedra se trepaba al risco  
para avistar las rutas que indicaba  
su brújula de astros y de olores.

Y ahora,  
cuando alguien me pregunta:  
“¿Cuál es tu Dios, tu identidad,  
y la región que habitas?”, digo:  
–Mi tierra es la región del embarazo  
y yo soy la semilla donde Dios  
es el embrión en vísperas.

¡Cuánto pasado para llegar aquí!  
Para poder estar de pie junto a las cosas  
y decir:

–Mi corazón se espiga frente al mundo  
como una inmensa lágrima caliente.  
Pasan las madres con sus hijos.  
Revientan de brotes las parcelas  
y el espacio nutre un retoño  
de vibrátiles e inmensas dimensiones.  
Ante esto  
yo mido la magnitud de mis caderas,



palpo mis carnes, aguzo el oído finamente  
y confirmo el hecho:  
como ellas, yo llevo un fruto en movimiento.  
Pero alguien, no sé quién,  
salta y me dice:  
“Ficticio anuncio  
en la sorda pulsación de un cuerpo estéril”.  
¡Ingenuidad!  
Qué saben ellos  
de ese recóndito embrión  
urgiendo mi presencia bajo un cielo de ruinas.  
Qué saben de ese embarazo antiguo gestando  
desde siglos  
un hijo despatriado que no logra nacer  
ni abortar de mi vientre  
cuando resbalo y caigo.  
Un hijo falsamente robado y bautizado  
en el narcotizante vino  
de un río mitológico que no acierta a moverse  
con la pesada carga que le asignan.  
¡Ay del fruto en la entraña,  
escandalosamente percibido,  
voluminosamente titulado,  
quebrantando mis huesos al golpe de su peso!  
Y antes no eran sus rasgos pronunciados  
ni complicado el peso.

Yo recuerdo la niña agilidad  
con que jugaba con la visera azul  
antes del rapto,  
casi en la misma conjunción del lecho:  
aquella anunciación difusa y primeriza  
de hace siglos,  
donde su presencia apenas si brillaba  
con párvula intuición de imprecisión y azoro.  
Sensible al ruido y diminuto,  
sus fugas nos vedaban los contornos  
y aun el más sigiloso y descalzo de los pasos  
le agujaba de miedos  
precipitándole en una tímida huida  
de corza repentina.  
Pero eso fue ayer. Ayer,  
en el tiempo de las brasas frescas.  
Hoy todo es distinto.  
Sé mi condición de madre  
y de Dios su condición de hijo,  
y un desgajado sol de otoños dulces  
dilata mi corazón y lo revienta en grito:  
–¡Mi hijo! ¡Mi hijo!  
–con un temblor de voz que supera todas las  
[ternuras.

De blasfemia han tachado mis urgencias.  
Dicen que Dios no reirá jamás entre mis labios  
ni llorará en la cuenca de mis ojos tristes.  
Seré siempre la anónima, la gris, la desterrada  
para quien sólo existe por patria  
un índice de estragos y de hogueras.  
Pero, ¡basta de escándalo!  
¡Que no me digan nada!  
El corazón se exprime en sus lagares  
y canta en el ardor de sus heridas.  
El mío canta aquí, a la intemperie,  
sin fronteras ni códigos caducos,  
sin esos cuentos viejos que nos dicen:  
“Corrían arcos de luz de arriba abajo  
y tatuaban las frentes de distancias”.  
¡Vaya!, como si el ala oculta no tocara  
más arriba del ojo de los vientos.

Yo no puedo alisar fábulas ciegas.  
Alguien rompió sus labios pecho adentro  
y me enseñó a forjarme desde siempre  
una forma de amor recíproca y sencilla.  
De aquí que guste la identidad sin límites  
[ni ambages  
y use el coloquio fácil y furtivo  
con que en el vientre se hablan madre e hijo.

No reparo en lo dicho.  
Dios es mi inseparable,  
mi más íntimo compañero  
de juegos y de lágrimas:  
el más constante y tierno,  
más rebelde y sumiso.  
¡Vaya! ¡Lo que son las cosas!  
Yo sé lo que le espera al grito en que me espigo:  
una turba de puños indignados  
demolerán su forma,  
me trizarán a golpes.  
Mas yo sabré ubicarme  
de nuevo en mi insistencia  
sacudida de grillos la cabeza  
y destrenzado el pelo hasta las corvas,  
porque odio los límites supuestos.  
Mi briosidad no se conforma con que digan:  
“su forma es ésta, vedada otra estructura”.  
¡Qué débil consistencia de doctrina!  
Recordad que Dios es el espejo  
más contradictorio y bifurcado,  
acomodado a todas las pupilas.  
Yo lo esculpo a mi modo y le doy forma.  
¿Cómo pecar con esto?  
¿Peca la hembra que proclama al vástago?

¿Peca al decir: se hospeda desde siempre  
en la borrasca delirante y caliente de mi sangre?

Imposible.

El concebir y el cantar no hay que velarlos.

Hay que danzar con ellos a la luz del día  
y a la obsidiana luz de la alta noche.

Yo no puedo evitar mi índole espontánea:  
soy una cascada de torsos al desnudo.

Como el niño se da, me doy al viento  
desatando mi grito.

Los buenos me dirán que calle y ceda.

Mas yo que en torno de mi cintura  
he puesto un cascabel de mineral rojizo,  
que a cada paso grita a Dios: ¡Mi hijo!,  
y establezco mis propios cánones y salmos,  
no me dejo llevar

ni me dejo negar

ni escondo la vereda

ni me humillo el rostro

cuando otros le nominan “Padre”, “Artífice”,

ni les digo el origen de mi grito

porque no creerán en la sobrevivencia.

Perece el padre, sobrevive el hijo.

El último es eterno:

llora en el niño antes de hacerlo hombre,  
y después y después,

y siempre el hijo despejando el futuro,  
dominando horizontes,  
imperecedero, triunfal.  
¿Por qué ignorar que el mundo  
es un cotiledón de fuego  
en que Dios va formando su presencia?  
Son cosas que no pueden cubrirse.  
Miradme aquí cómo al tratar su nombre  
danzo en una resurrección  
de brasas removidas  
y siento sus latidos sonándome en el pecho.  
¿Cómo negar al hijo que florece?  
No he aprendido a ocultarle  
ni a decir que me pesa, aunque me acusen  
de agotarme su largo nacimiento.  
¿Por qué habría de ser?  
Él no me obliga a prescindir de nada.  
Su floración es natural y simple  
y si bien estos ojos vidriosos se me pierden  
tras un vago rumor inaprehensible  
y a menudo descanso en el camino  
y acaricio su forma por mi vientre,  
también puedo agitarme  
y retozar a pie descalzo el monte vivo  
y hacer correr sus pies entre mis piernas  
y hundir mis manos en la tierra firme

y beber el agua corriente de los ríos  
y desnudarme al sol.  
Y es mejor que mejor,  
porque no me gustaría que el que pasara viera  
mi cabeza quebrada sobre el pecho,  
ni quiero para él un enfermizo rostro  
de Dios encajonado  
en estancias oscuras y severas.  
Quiero que muerda el corazón del mundo,  
que sepa del sol,  
de los astros, del viento,  
de lo grande y lo mínimo.

Quiero en Dios al hijo que creciendo  
en plenitud reviente al cerco falso  
y destruya las fronteras  
y la celda ficticia y demudada  
del concepto y la carne.  
Lo quiero levantando su imperio al aire libre,  
desnudo, limpio, imperturbable y sano,  
respirando hondo y fuerte  
del aliento rotundo de la Tierra.

## **Desarráigame**

*Para Francisco Herrera Arce*

Desarráigame ahora que un viento de sepulcros  
me golpea en las arterias.  
Desarráigame ahora...

Yo luché a tempestad de gritos en tu vientre,  
y te dije que no, que no y que no;  
que en mí no dispersaras el polvo de otro polvo,  
que no abrieras conmigo más rutas de la sangre,  
mas mi voz fue enterrada por campanas de duelo  
y espigada mi forma entre la piel y el suelo.

Tempestades de fuego conformaron mis venas,  
leches trémulas de luna nutrieron mi epidermis  
y un volante de furias fue timón de mi pecho.  
Y yo siempre te dije  
que no, que no y que no;  
que en mí no dispersaras el polvo de otro polvo  
y no hincaras más soles en el río de mis venas.



## La muerte

Caminando conmigo desde siempre...  
con tormentas de incendio me sopló en la cara;  
me apadrinó en mis nupcias con la tierra;  
la garganta inauguró con sed y arenas;  
y en verano caliente abrió carrera  
por los montes nocturnos de mis venas.

En esta cárcel se apresó su forma  
limitada y por siempre sin fronteras.  
Mezcló en mi carne su actitud de cera  
y entre funde y espiga, tan constante,  
me dio rostros sin número,  
con dos ásperas manos desvistió mi espera  
y a luz parda y ceniza en la intemperie,  
mi larga desnudez predijo eterna.

## **Filtrando imágenes**

### I

Entre un temblor extraño que me espiga  
y la ceniza ardiente del silencio,  
corre un vago sabor a cera e incienso  
que el latir de las cosas amortigua.

Mas es mío tan sólo este suspenso  
que en fiel visión la dispersión mitiga,  
porque fuera, en la forma más contigua,  
todo es ruido, fragmento y cuerpo extenso.

Y soy yo, sólo yo que me proyecto  
como un cadáver ante el fuego lento  
de un estupor sensible, en el trayecto

del quebradizo viaje del sustento;  
rodeando sin rodearme cuando asciendo,  
a un letargo de imágenes latiendo.

II

Ágil la estrofa, la garganta alerta,  
un regimiento abstracto de figuras...  
Todo girando aquí me transfigura  
bajo un sopor blandísimo cubierta.

Mientras tanto, algo dentro se apresura,  
forcejea con ánimo despierta,  
rompe su cárcel y con ruta cierta  
surge a la luz su desnudez más pura.

Mas no acierto a saber, si en esta entrega,  
soy yo misma que en vida se derrama  
o si en tal situación ajena y ciega

al momento en que todo me reclama,  
lejos de dar el fruto que me anega,  
doy un piélago en lágrimas y lama.

III

De tan extraña condición dotada,  
doliente en sí, mi voz se desatina:  
quiere ascender, mas sólo determina  
una línea polvosa, ensangrentada.

Quiere filtrar su esencia más madura,  
pero pasa a través de ansias y arcilla  
y en gris-rojo su aliento se mancilla  
brotando en torbellinos, insegura.

Y es inútil su intento de escaparse  
sin ser ahorcada por la sangre impura.  
Y es inútil tratar de proyectarse

en el límpido lienzo de la altura,  
ni pasar sin de polvo traspasarse  
a través de mi barro y mi amargura.

## **El canto... y yo**

Turbando, atónito, demente o inerme,  
tú oprimirás mi pecho entré tus manos  
y entre tus venas de ávidos arcanos,  
me has de fundir, de tanto contenerme.

Yo no tendré más yacimiento oculto  
que la insistencia pródiga en tus manos,  
la resistencia de tus hombros sanos  
y tu actitud de silencioso culto.

¿Quién frustrará nuestro nocturno insomnio  
y atreverá su paso desquiciado  
en nuestro fiel delirio de desvelo?

Nadie hollará nuestro ámbito incendiado,  
que en la visión de este infinito vuelo  
todo un mundo presiento realizado.

## **Fatiga**

Ya están plenas las cuencas de mis ojos,  
pronunciadas las más tiernas palabras;  
sin embargo, tú, amor que me taladras,  
quedas mudo a mis íntimos antojos.

Yo he albergado las más candentes rosas  
y he apretado de cantos mi garganta,  
mas de ti sólo enorme se levanta  
un mar de olas glaciales, silenciosas.

Ya mi voz se ha bañado de fatiga,  
ya de tanto llamarte languidece,  
pues ya gira en las ondas, ya se espiga.

Y acelera su paso y se enardece,  
mas llegando a tu hielo se desmiga,  
y en las sombras calladas desvanece.

## **Visión del mundo**

Miro mi propio andar camino a nada,  
adolescencia de playa dominada  
por las olas dispersas de los mares.  
Miro el vívido ardor de mediodía  
que se trepa en las ramas, se uniforma  
y dispone un desfile de antifaces.

Miro la línea azul de ojos mojados  
que me recorre el cuerpo y ve infinitamente;  
que me duele y me quiebra hasta el insomnio  
por ocultas razones sin palabras.

Miro el hondo vacío del rescoldo  
y el brasero sin lumbre;  
el verano maltrecho de tigres desgastados...  
Y percibo el infierno de ceniza.

Miro el papel que miente y miente siempre,  
porque no sabe oír, porque no puede...  
Mis pupilas se queman de ver tanto

y algo dentro se mueve y me florece...  
¡Todo viene a llover como en cabida propia!

Si pudiera...  
Si pudiera volverlo de regreso.



## **Dolor de comunión poética**

Lubrica un soplo el alma estremecida  
y la trepa a los mástiles con brío.

Y aquí, reta a los vientos,  
a la nube, a la distancia,  
al falso nombre del tiempo que se miente;  
al espacio disperso que simula  
la pulsación celeste del silencio  
y que sólo es un cuerpo fraccionado:  
diminuta, pequeña, levemente.

Reta a todo...  
¡Es la ebriedad eléctrica del mundo!  
Los mástiles se acrecen  
estrujando las fibras del silencio  
y con ardor de hogueras, en sus puntas,  
desgarran los tejidos virginales  
de una pupila azul jamás abierta.

Un divino temblor sacude el aire  
y florece en incendio de voces y de estrellas  
que flaquean, fallecen y se entierran  
antes... muy antes de llegar al pecho.

## Los himnos del ciego

### I

El que canta es un ciego  
con los ojos de faro  
y los labios de raíz oscura.

El que canta es un ciego  
que se quemó de ver  
y nunca vio el objeto  
dentro de su cuerpo justo  
ni con su luz exacta.  
Sin embargo,  
es el ciego maldito  
que ve con los ojos de todos los que ven.

### II

Sobre la más alta roca del amor  
he llorado esta noche,  
porque soy,  
porque los hombres somos  
aherrojado flautín,

mirada ciega,  
potencia de una luz encanecida  
que podría cantar, contar,  
hilar la trama de los siglos.  
Porque los hombres somos  
la gran mirada que el Señor dejó oculta,  
grávida como el embrión.  
Hay que saber crecer calladamente.  
Pero revientan ya los brotes.  
Hay un rumor secreto de azúcar fermentando,  
una dilatación,  
un vencimiento,  
un estallido de todas las suturas del espacio.  
Échanos a tu hoguera  
en la revuelta de esta hora sombría:  
la yesca de nuestros labios arderá, y acaso  
alguna chispa salte como astro  
alumbrando la noche.

### III

Tan deprisa han caído las semillas  
que abigarradas, topándose entre sí,  
desconocen la luz del movimiento.  
Descendieron de golpe,  
apretadas dentro de un mismo surco,

y secreto sueño sumergido están viviendo.  
Disgréguelas tu voz, hágalas fuerza,  
aleluya de brotes en la tierra,  
y no este espantado coro de los hombres sin  
[tiempo  
que ni son ni parecen  
y en cambio se maldicen.

IV

En vano con la hoz de tu nombre  
por entre las multitudes  
me voy abriendo paso.  
Soy sólo la ingenuidad del hilo  
que juega al acertijo de enhebrarte.  
Sólo la fragilidad de un hilo de sangre  
que no tiene más ojos para verte  
que el llanto que lo nubla  
ni más patria de luz que esta nuez hecha gruta  
donde tú me ovillaste junto al tiempo.  
Pero el día esplendente  
en que por tu ojo pase  
ha de volar la nuez  
en pedazos de sol para alumbrarme,  
y escapará la noche.

V

Otra vez somos lo que fuimos.  
Sobre la misma lengua seca de Cristo  
cae el mismo vinagre  
y sobre el mismo Sinaí envuelto en niebla  
y relámpagos  
ha de subir Moisés  
a recibir la palabra.

Porque otra vez somos lo que fuimos  
en espera del día  
que llegue a recobrarnos.

VI

Toda borrasca de pasión es ala de torturas,  
hambre desenfadada,  
signo de destrucción.  
Allí se dan la mano la contradicción y la ceguera,  
coinciden como uno solo la tozudez y la fugacidad  
y el tiempo  
adquiere un rojo morado  
de locura.

Sólo el que ama entero  
desde su centro diáfano se consume;  
muere y vuelve a nacer en sí mismo,  
en su propia blancura incandescente.  
Sólo el que ama  
palpa el centro radiante de las cosas.

VII

Guía al tumulto hambriento de tus rebaños  
con la vela de la abundancia,  
para que el oro de la espiga suba  
de grano a pan  
sobre la mesa.  
Desgalga tu luz al fondo de nuestros pensamientos.  
No dejes a tu marejada de hombres  
estrellarse contra los acantilados  
de la incomprensión y el poder.  
Y salva a estas palabras de raíz que se inclinan  
para pedirte nos rescates del abismo  
donde vivimos muerte antes de muerte.

VIII

Tú eres el Amoroso Sastre.  
No te conozco, y estoy desnuda.

Mas removeré la tierra  
para que en su hondura tu Gran Amor me vista.  
El hombre  
deshecho por el hombre  
ni siquiera sabe que va sin ropas por el polvo.  
Mira sin ver.  
Escucha sin oír.  
Palpita sin latir.  
Y todavía cree ser, diciendo:  
“Mi próximo traje será...”  
No bien rasgó la luz a mi primer pupila  
cuando escuché el rumor del sastre y las medidas.  
Sin embargo,  
nunca vi caminar a nadie  
con sus ropas justas.

Debiste darme un traje cuando llegué  
porque buscándome aún me quedan rastros  
[encima.

Mas de prisa crecí  
y no pudiendo alcanzarme,  
sus pedazos llovieron sobre la tierra  
como ese blanco desfloramiento del cerezo.



Anoche,  
leña mi cuerpo,  
chisporroteaba,  
ardía.

## **El hombre**

*Para Wenceslao Rodríguez*

¿Qué ha visto el hombre?

Nada.

Ciego y desnudo llegó,  
desnudo y ciego se irá  
del polvo al polvo.

Un gesto de ternura podría salvar al mundo,  
pero el hombre jamás bajó los ojos  
a ese pozo de luz.

–Llorarás, le dijeron,  
mas no es fácil llorar.  
Llorar es desprenderse,  
irse en ríos de uno,  
y el hombre sólo sabe  
devorar y perderse.

No conoce más muros  
que los que cercan su ciudad en sombras  
y hasta allí ha bajado a envejecer,

a morir en sí mismo,  
a sepultarse testarudo,  
mientras la soledad circula por su cuerpo  
como el viento por una casa en ruinas.  
Yo insisto,  
un gesto de ternura podría... De pronto,  
me irrito, tiemblo, río, me quebranto.  
Yo soy el hombre.

## **La tala**

*A mi hija Marianne*

La luna teje su encaje  
entre el encinar dormido;  
dialoga el viento cantando  
y las estrellas sonríen.

No dejes caer tu hacha  
sobre el encinar, amigo.  
¿Qué haría tu corazón  
con tanto pájaro herido?  
¿Por dónde patinaría  
el gusano al mediodía  
y en qué raíz poderosa  
se hospedaría la lluvia?

No dejes caer tu hacha  
que secarías las estrellas,  
enmudecerías al viento  
y romperías la luna.

## **Mentira que todos mueren**

Mentira que todos mueren.  
Duermen. Maduran lentamente.  
Sólo hay una verdad sobre la Tierra:  
la semilla.  
Sólo una vena:  
el luminoso sueño de la oruga.  
Sólo un himno:  
el alumbramiento de la tierra.  
Y tú, amoroso industrial,  
eres himno, letargo y semilla  
sobre mi tierra.  
No. No  
vamos rastreando tu huella  
por la llanura helada.  
Tampoco estamos clavados,  
enterrados, hundidos  
en la profunda eternidad del tiempo,  
esperándote.  
Vamos temblando en el rumor caliente de la sangre:

buscándote en la luz solar  
del polen amarillo.  
Palpándote  
en la vida infinita del embrión en ascuas.

## **Todo hombre está hecho**

Todo hombre está hecho  
de puertas y ventanas.  
Yo entreabrí las ventanas,  
erraba el sol sobre las altas cumbres.  
Aquí conmigo,  
las puertas no se abren,  
están condenadas por un delirio virgen  
de los primeros años.

A los cristales se agrupaba un temblor  
de cáliz amarillo,  
y la ventana, entreabierta.

Si está vedado abrir las puertas,  
dejadme al menos  
abrir de golpe las ventanas  
que no puedo atrapar la luz en esta estancia oscura.

¿Es que voy a morir como flor marchita  
entre las páginas de un libro?

## **La palabra contrita**

*Para don José Santos Valdés*

Vine a Lerdo,  
estoy bajo un granado florecido  
que turgente palpita  
como si el sol le hubiera prendido llamas de alcohol  
en cada rama.

Sobre los peroles, dormitan  
con sopor enervante los insectos  
y el bermellón de los ciruelos  
en un rincón dulce construye su miel.

Hay veces en que amo el sitio en que nací,  
sin duda porque la luz del verano  
se anticipa oliendo a madurez todos los años.

En realidad vine a leer, a reposar,  
a huir de los brutales maretazos  
en que mi corazón se rompe contra los recuerdos;  
pero he terminado como siempre



astillándome, al querer penetrar, escalando tinieblas,  
el corazón de las cosas.

Doblada bajo una ardiente exhalación  
en que empujo palabras y palabras al papel.  
¡Oh enardecida ceguedad la mía!,  
pronto seré un piélagos de cristales dormidos,  
cuando el toque radiante del ángel  
desmiembre mis sentidos  
y un zarpazo final me emplomice la luz.  
¿Qué te diré, Señor, en esa hora?

Si al igual que la uva bajo los pies del vendimiador  
me he dejado pisar, ajena a la sabiduría de sopesar  
[las cosas;  
si he esculcado ilícitamente cuanto veo  
y bajo su soplo he ardidado como brasa inflamada  
[por el viento;  
si sólo he aprendido a arrancarme los ojos para  
[vaciar el mar.  
¿Qué te diré de mí, en esa hora?

## **Cierto es que las semillas no se detienen**

*Para Santiago Roel*

Ya no tengo la astilla en la garganta, desgarrando.  
Es ahora el silencio  
en que la luz adquiere  
la forma de una lágrima,  
generosa cautividad del grito  
en que bajamos al pecho  
a bebernos la muerte de los que amamos.

Mientras mi mano fugitiva corre  
sobre el papel,  
y tiembla con rubor la luz de las ventanas  
[a lo lejos,  
la algarabía de cristal  
de los que empiezan a vivir,  
me llega desde las baldosas celestes  
de un parque bajo la luna.  
Cierto es que las semillas  
no se detienen,

siguen desde su oscuridad  
rompiendo  
con una fuerza ciega  
que no puede morir.  
¿Por qué resquicio llega y se nos va la vida?

## **El tiempo caducado**

*Para Luis G. Basurto*

¡Qué horrible es llegar tarde!,  
a todo sitio, tarde.  
No sé si estoy despierta,  
o si he perdido el alma entre el granizo mudo  
bajo el que duermen, apretados, mis muertos.  
No sé, pero tal vez estoy aquí, abocada,  
mirando cómo el dolor se tuerce  
en el fondo del pozo que es este cuerpo roto, mío,  
del que vengo tirando.  
El toro de mi sangre muge  
y un golpe de martillo me salta la cabeza.  
Estoy ciega, ciega, ciega...  
Sí,  
ya sé que hay una calle para el amor,  
un rincón para la ternura en donde está la luz  
[creciendo;  
desde niña he oído este pregón  
y he ido tacteando, husmeando,  
lamiendo cada loza hasta sangrar la lengua,

hiriéndome en los muros.  
Pero, ¡mentira!,  
no hay calle, no hay rincón, no hay salida.  
Desde el pretil del pecho,  
desde la punta de la palabra que persiste en salir,  
o estallarme dentro,  
agito los brazos encrespados.  
Mi boca es un amargo bramido,  
y aquí estoy.  
No sé si estoy despierta,  
pero me duelen estos dos ojos de cristal vacío,  
estos dos ojos de luna fría,  
que nunca encontraron el camino donde la luz  
[crece,  
donde el amor camina.

## **Desmoronada en el misterio...**

*Para José Revueltas*

Desde dentro, remota y frágil,  
la soledad te sobró, niña doliente,  
desmoronada en el misterio.  
Era invierno cuando naciste,  
y se te entró el frío en el pecho  
como al pulmón el aire.  
Hoy el hueco más tibio te hiela hasta la médula.  
¡Cuántos maderos se ahogan en el río  
bajo el peso de una memoria absurdamente  
[intacta!

Yo te invito esta tarde,  
en que la luz gotea sobre las hojas de los párpados,  
a que saquemos a flote los maderos hundidos.  
No fue fácil el tiempo, ni lo será la muerte;  
pregúntaselo a esta tarde nerviosa  
que revuelve en mi mesa las palabras.  
A veces pienso que esta orfandad tuya y mía  
la liquidamos ya en su precio justo.

¿Y el porvenir?

Quién sabe...

Una muda de piel

y hay estrellas que se levantan temprano, todavía,  
a pesar del naufragio, y salen húmedas, frescas,  
sacudiéndose la melena de luz como de un agua

[nueva,  
desde el fondo de la caldera iracunda del sol.

Es el dolor que nos perpetua, amiga,  
y agrio sabor del mundo el que nos sazona.

Nieva sobre las horas últimas

y todo es un milagro;

y amorosa es la urgencia de seguir siendo hombre,  
de rescatar lo hundido;

de equilibrar los juicios, los valores,

y hasta la muerte misma, antes de irnos.

## **La sequía**

*Para Óscar Flores Tapia*

### I

Acuclillado está el hombre  
en largo cordón que aplasta las aceras.  
Un crespón de silencio baja a su cuerpo terroso,  
al rostro encandecido de sol;  
al febril remolino de sus brazos  
que la sequía ha arrebujaado.

Si alguien partiera su alma,  
exhalaría del centro cálido, no un gemido,  
sino esa tibia resignación de los cielos de octubre  
que mansamente se arquean sobre las llanadas  
como un ojo de leche dulce.

De sus labios no sube la blasfemia,  
está la quijada firme, el fervor de gigante  
[llamarada,



la obstinación del telar invisible de Penélope,  
el sosegado pudor...

II

Un río es una criatura viva  
por donde Dios hace correr el temblor maravillado  
de su esencia.

Aquí es la configuración de nuestros semblantes,  
y desde hace años no ha sido  
sino un regazo de lumbre oscura.

San Isidro, escucha el latido de los músculos  
[tensos,  
esos muslos empotrillados que desde el amanecer,  
en los atrios, golpean la tierra  
con un eco invariable.  
Humedece las lenguas jadeantes de himnos  
en los sembradíos.  
Cierra esa herida,  
ese palpitar que ahoga, dales tregua.  
Yo me quedaré velando, cavando,  
porque hay que llegar  
al bermejo raudal de su corazón,

para que el río nos abra el cristal de sus pupilas  
y se desparrame, y se venga desagotando  
de parcela en parcela.

### III

Y cuando el río se abre,  
estremeciendo la pulpa oscura de los surcos,  
qué ávida jauría se desata  
tras los escritorios, exprimiendo,  
alumbrándose con el aceite  
de las manos del campo.

Trastocando la embriaguez de los corazones  
[vírgenes;  
acosando con su marea de arenas movedizas  
al hombre acuclillado...

Como ves, padecemos una doble sequía.  
Puedo seguir hollando hasta que el agua brote,  
pero, ¿cómo hendir la cuchilla  
para que despierte la conciencia y el amor nos  
[ampare?

## Somos pasto donde la luz madura

*Para Manolo y Evangelina*

En esta momentánea eternidad  
alzaste el corazón y lo sajó el tiempo.  
Todo se va de paso, en su justo segundo.  
Se llena un mismo sitio de improviso;  
luego sigue su curso el agua  
que colma de infinito  
y nos arrastra hacia esa suerte ignota  
que hoy te desmiembra el nervio  
y arranca el grito de cierva vulnerada.

¡Qué fugaces, qué solos,  
qué iguales, Señor mío!

Descansa,  
reclina la tensión de arco en lágrimas,  
sobre el callo de mi corazón ciego y remendado.  
Manará, si allí escarbas con tino,  
algún hilo de miel;  
y desde este mirador verás tan viejo al mundo,

pero viejo adorable,  
trastabillando, ebrio de soledad,  
por la zanja de una abismal herida;  
perdido en el galgo oscuro  
de sus zapatos rotos.  
O bien,  
tan niño como una hoja en blanco,  
astronauta vestido de rocío  
paciendo entre la hierba de los astros;  
girando en la ruleta del espacio.  
La cosmonave Soyus, hoy en órbita,  
mañana en posesión, tal vez.  
Así, viejo y joven el mundo  
sin moverse pasa.  
Con el pie en el estribo, rumbo a la muerte  
llegamos:  
cuestas, túneles, empinadas planicies...  
Silba el tren,  
se agita el pañuelo desgarrado que somos.  
Vamos muertos en pie,  
la sangre hundida;  
muertos a golpe de silencio,  
pero frenéticos, pegados hasta el final sombrío.  
Eso es todo, hermana,  
oscuro fuego de Dios que nos comprueba,

hambre que se endereza desfallecida  
y bebe lágrimas;  
fluir sin desprenderse.  
Un ir quedándonos doblados  
bajo el dulce peso de la mano suprema.  
Espera quieta,  
somos pasto donde la luz madura.

## **Padre**

*Para Macedonio, mi hermano*

Al montón de polvo que te cobija  
bajé esta tarde.  
La sal de la llanura ardía  
bajo el árido resplandor del silencio  
y una furiosa soledad golpeaba  
contra la flor caliza de los cerros.  
Yo te hablé con esa ternura indómita  
que rompe dignidades,  
y me quebré de bruces en la tierra;  
allí donde ningún extraño enjugaría  
las pupilas ajadas de desvelo.  
Lejos,  
en muchedumbre hambrienta palpitaba la vida  
ajena de tu muerte y de la mía...  
¿Es que pronto no habrá una lágrima  
para mojar tu ausencia,  
una antorcha vehemente que te salve de tanta  
nieve oscura?

## El canto

*Para don Antonio Castro Leal*

No es el hambre en la piel  
lo que a mi grito ensancha,  
ni la embriaguez del rastro luminoso  
que sobreviva al canto entre laureles.  
Es la sed en la hondura que no me pertenece.  
El misterio continuo que no alcanzo.

A veces los sentidos se alebrestan  
por una escala enigmática, fuera de la carne,  
y duele la lágrima de un niño  
que llora en cualquier parte da mundo.

Duele el rostro caído de algún hombre,  
que desorbitado de dolor, vacila  
al filo de la muerte.

Levanta en bríos, la furia de los cuerpos  
que en algún sitio se unen  
y hacen volar las vértebras de cuajo  
incendiando la noche.

Conmueve la oración de un justo  
que se alza en éxtasis  
siguiendo el rastro de los ángeles.  
Si, duele todo, como si en vivo afluyente  
se vaciara al pecho, el mundo, colmándome.  
Y es entonces,  
Cuando sin saber por qué,  
Mi lengua se dilata y canta.



## Penélope

*Para Rafael del Río*

Sin Paris, sin Helena en raptó oscuro;  
sin Troya en llamas que le airara el pecho,  
sentó su corazón por hiel deshecho  
del invierno, en el lomo arisco y duro.

Abrevando en sí misma, empinó el muro,  
su propia vida hurtó, sufrió el acecho,  
hizo de Ulises y el percance un hecho  
y el tálamo mantuvo ardiente y puro.

Con rigor, de sus ojos, desprendidos  
pétalo a pétalo en su roto anhelo  
los párpados rodaron sin sentido

y en la cuenca del tiempo, en que el desvelo  
silbaba por los labios ateridos,  
plantó el telar y su enfermizo celo.

## **Carta a Jesús Arellano**

Desde hace años, Chucho,  
el corazón me rebota loco entre las sienas  
y ando por los rincones escondiendo al sollozo.  
Estreno una sonrisa cada mañana  
y pido limosna en todas las esquinas,  
porque, ¿quién va a prestarme su vida,  
su amor, o su Dios?

Tengo que comprármelos yo misma, y no me  
[alcanza.

Y todo esto que escondo y espero y que no llega,  
es la razón que me desangra dentro.

A veces ocurre que de tan hambrientos  
inventamos el sueño, la esperanza...

Y mortalmente heridos, agonizamos por todos  
[los hijos

que se nos quedaron dentro,  
y por las palabras desquebrajadas,  
presas entre los molares apretados del miedo;  
las que luchan por sobrevivir  
y a veces se nos caen de la boca

como un aborto ciego y doloroso.

Algo se rompe acá dentro y pienso:

me estoy vaciando viva.

Todos los adioses se agolpan y me miran  
a mitad de la noche.

Tomo mi cobija de silencio, entonces,  
y camino arrastrándola por los pasillos de la locura  
y no me muero, Chucho,

y me siento a la orilla,

pidiendo se me ayude a balancear mi vida,  
antes de irme,

y tiemblo y nadie escucha, huyen con espanto,  
mientras yo juego a la pelota con la muerte,  
lanzándola como pequeña brasa de una mano

[a otra.

Y no me muero, Chucho, y no se muere una,  
hace sólo el ridículo con su pequeña muerte,  
que es sólo una niña azorada,

llorando por todos los que de veras mueren

[sin derecho.

## **La pizca**

*Para Celso y Mague*

No son brasas colgando de la higuera,  
sino el verano que arde en el corazón  
desfallecido de los higos.

Trasciende al aire un olor maduro.  
Bajo un topacio diluido bostezan los cristales.

Es la hora de la siesta,  
hora en que los párpados se dilatan y caen;  
en que las ropas bajo un ardiente vaho  
se absorben en la piel.

La casa está vacía.  
Las mujeres se ataron la cabeza  
y partieron a perderse entre las sábanas  
del algodonal nevado,  
donde reverberan como una hornaza viva  
bajo el sol restallante.  
¿A qué hora caerá la tarde para que se afile el aire

y los pizcadores estremezcan el campo  
con su voz requemada?

Vacíen sus pizcaderas.

Pronto vendrá la noche azulando  
la desgarradura caliente de la matas,  
y podrán tenderse a refrescar su sueño bajo  
[las estrellas  
mientras la luna baja a beber la leche tibia  
que mana de los copos.

## **Las vírgenes terrestres**

*Para Marianne, mi hija*

### **Introito**

En vano envejecerás doblado en los archivos:  
no encontrarás mi nombre.

En vano medirás los surcos sementados  
queriendo hallar mis propiedades:  
no tengo posesiones.

En cambio,

¿el sueño de los valles arrobados es mío?

Sí.

¿Mío es el subterráneo rumor de la semilla?

También.

Si me extraviara a tientas, en la oscuridad,

¿cómo podrían llamarme y entenderles?

Llámenme con el nombre

del único incoloro vestido que he llevado:

el de virgen terrestre.

I

Duele esta tierra henchida de vigores,  
sollamando la frente,  
quemando las entrañas...

Todo mi nombre dentro se me rompe de odio:  
odio a la puerta en mí, siempre llamada,  
odio al jardín de afanes desgajados  
entre el sol y la muerte.

Por encima de las colinas arde la luz,  
el tiempo se deshoja  
y yo envejezco aquí traspasada de urgencias  
frente a la puerta hermética.  
Soy la virgen terrestre espesa de amargura,  
desolada corriendo  
del reguero de impactos en mi pulso.  
Ya no me soporto en las grietas de la espera  
ni el sopor del silencio.

II

¡Mentira que somos frescas quiebras  
cintilando en el agua!

que un temblor de castidad serena  
nos albea la frente;  
que los luceros se exprimen en los ojos  
y nos embriagan de paz.

¡Mentira!

Hay una corriente oscura disuelta en las entrañas,  
que nos veda pisar sin ser oídas  
y sostener equilibrio de rodillas,  
con un racimo de luces extasiadas  
sobre el pecho.

### III

Dicen que una debe  
morderse todas las palabras  
y caminar de puntas, con sigilo,  
cubriendo las rendijas,  
acallando al instinto desatado,  
y poblando de estrellas las pupilas  
para ahogar el violento delirio del deseo.  
Pero es que si el cuerpo  
pide su eternidad limpio y derecho,  
es un mordiente enojo andarle huyendo;  
dejar su temblorosa mies ardiendo a solas,  
sin el olor oscuro de los pinos.  
Siempre cerrada,



ignorando cómo se desgaja  
el surco dorado ante la siembra;  
de tumbo en tumbo,  
cerrados los sentidos  
y alumbrándose a medias.

IV

Viejas causas, cánones hostiles,  
fervorosos principios maniatándome.  
¿Sobre qué ejes giran que me doblan  
a beberme la muerte en la conciencia?  
Yo me miro y no soy sino una cripta en llamas,  
una existencia informe, sonámbula,  
cargada de fatiga.  
¿Es lícito permitir que se extinga  
en servidumbre enferma  
el bárbaro reclamo que nos sube  
de abordar a la tierra por la tierra?

V

En esta brava inmensidad  
no logran retenerme los desvaríos blandos  
o el ímpetu del sueño.  
La tierra es ruda, trémula, ardorosa,

y se me expande dentro.  
El vértigo sanguíneo esplende  
arrebatando al canto  
y ni le puedo contener el paso,  
ni sustraerme a los labios  
que me caen al papel como dos brasas.

VI

Pienso en las abastecidas, las satisfechas,  
las del ancho mar;  
las que reciben el regocijo vital de las corrientes  
—cauces donde la vida vibra y se eterniza—,  
pienso en las abastecidas  
y me irrita el despecho  
de mi roja marea sofocada;  
de no encontrar la presencia de Dios  
por ningún ángulo  
y andar de pueblo en pueblo  
emblanquecida de miedo,  
de pasión y de tedio,  
sepulto el corazón bajo el hollín  
de todos los recelos.

VII

Te rindo y te maldigo, recio olor de la tierra,  
tempestad original,  
relámpago dulcísimo de muerte.  
Te maldice el temor  
de ver que Dios no acierte a descifrar mi nombre,  
porque yo, la que soy,  
no asisto ni en el Monte Tabor  
para el desposamiento en brillos,  
ni soy de las que escalan  
por los peldaños de la sangre al sol.  
Dije que era un vaivén de la ola sombría,  
la ola de las vírgenes terrestres,  
las que no recibimos más nombre  
que el que nos dieron niñas en la pila;  
y cuando Dios nos llame  
nunca habrá de encontrarnos,  
dirá: las inoñbradas,  
los desvaídos soplos, los desplomes silentes,  
las estepas perdidas bajo esfumino duro,  
y nosotras, cubiertas de humo en las honduras  
de un país olvidado,  
vocearemos respuestas en remolino cálido,  
arderemos los montes,

alzaremos los brazos en furia atropellada  
y todas en un grito hendiendo los contornos,  
serpentearemos secas,  
deshechas de agonía.  
Pero inútil, inútil,  
porque a la tierra estéril  
no se le oyen los labios.

## **Para evadir el cierzo de la muerte que llega**

*Para Martín Reyes Vaysade*

De ti lo habría amado todo:  
tu cabeza como luz de topacio en el hastío,  
el llanto, la caricia, la palabra brutal,  
la sogá que amansara mis ímpetus cerriles,  
y sobre todo el hijo...  
Ese mar  
que juntara la turbulencia brava de nuestras  
[avideces;  
ese mar donde irían haciéndose profundos  
de ternura los ojos.  
Pero ni tú ni yo vivimos el momento propicio  
[para amarnos.  
De paso en paso, un abismo,  
en cada oreja, una espina,  
en cada latido, un monte de zozobra  
quebrantando el resuello.  
Y de qué sirve odiar, forzar,  
hacerse añicos dentro,

si todo es ir buscándonos,  
hasta en el amor, buscándonos,  
arrojándonos para evadir el cierzo  
de la muerte que llega.  
Lucha por subsistir,  
por mirar nuestro polvo crecerse en otro polvo,  
para encontrar de nuevo la oquedad amorosa  
que libre a los sentidos  
de la asfixia más pura de la muerte:  
la soledad.

Pero hay quienes nacimos para morir en nuestro  
[propio cuerpo.  
No hay puertas. No hay ventanas.  
Las ventanas incitan sin saciarnos;  
las puertas no liberan,  
mas no hay puertas, ni ventanas.  
Hay la fiebre en los ojos  
que va tras de la luz, estremeciéndose.  
Hay la sangre a galope.  
El desvaído paso recorriéndolo las calles aturridas  
de sinfonías, magnavoces, estridencias de  
[claxon...  
Y el viento barriendo hojuelas doradas de elote  
en el mes de junio.  
Y la fresca respiración de un cine,

donde ruedan botellas de Coca-Cola  
y envolturas de Milky Way,  
y la arena caliente del aire sofocado,  
y el amor... ¿dónde?  
Y los amantes... ¿dónde?  
Y tú, amor, viento, canto... ¿dónde?

## **El testimonio**

### I

Aquí está el hombre arrodillado, temblando,  
sin piel, a flor la carne viva;  
sosteniendo en el hueco de sus manos  
el carbunco febril del subconsciente.

### II

¿A quién puede importarle si dilapidé  
o enterré, espantada, en el jardín cercano  
los bíblicos talentos?  
¿A quién puede dolerle esta angustia  
que me adarda los párpados?  
¿A quién mi soledad labrada con múltiples  
[equivocos?  
¿A quién le importa saber que fue infructuoso  
este viaje de mi vida a la tierra,  
porque quebré mi lámpara sin andar los caminos?



III

Es preciso aceptarnos por lo de hoy,  
por lo de ayer,  
por lo que fuimos en un momento dado,  
porque sí,  
porque creímos cuerdos los caminos...  
No se crece al azar,  
sólo el amor nos crece verticales.  
Hoy miércoles de una semana otoñal  
digo buenos días al sol y buenos días a Dios,  
que me sube en oleadas  
por la cáscara vieja de los huesos  
y me descorre las cortinas raídas de los párpados,  
sobre los ojos ciegos.  
Y uno se acepta a fuerza  
con el error apuntalándonos el alma que cojea,  
y hay que aceptarse así, y duele,  
por el dolor que sin querer sembramos.

IV

Yo retuve íntegra la gravedad,  
hasta el instante  
en que sólo tu luz de polen fecundara.

V

Porque se me rasgó el amor  
en las púas siniestras del destiempo;  
porque me desollaron vivas  
la dignidad y la esperanza;  
porque me despegaron al varón que me diera  
por mitad su costilla,  
por eso me consumo, atravesada a cuchillo,  
bajo el filo tenaz de la memoria.  
Me amuralla el dolor de la ignominia,  
mientras tú, mi pequeña,  
ahuecas tus catorce años  
para contenerme un rato más sobre la Tierra.  
Y yo, igual que rama tierna,  
cargada de fragancia y de rocío,  
me vuelvo joven de pronto  
y te hablo de un cerezo florido  
que albeaba en la primavera de un jardín,  
[en Poitiers.

Y te miro a los ojos:  
violetas húmedas, derramándose,  
cristal de uva oscura  
que gotea en los lagares.

VI

Larga, muy larga se estira esta agonía;  
largo el escarnio y el asedio;  
agotadora a muerte la jornada,  
y el amor diligente que se entrega, incomprendido.  
Sin embargo,  
gracias por todo, mi buen Dios,  
que prestas tu regazo  
a mi mejilla húmeda de lágrimas.

VII

Amanece, creo que voy a morir,  
ahora que es terrestre la lucidez de mis sentidos  
y quiero decir gracias, repetirlo,  
gracias, porque me fui fugando  
por tu mismo dolor y por tu misma herida.  
Sé que voy a morir,  
porque ahora más que nunca  
es cierta la verdad de lo que digo.

VIII

Atestiguo esa hora nupcial  
en que la llovizna fue los ojos de lo eterno,

diluidos en zumo de azahares.  
Atestiguo que hubo noches  
en que el destino tendió sobre las playas  
[nuestro tálamo,  
y la gracia, el furor, el arrebató de los cuerpos,  
tuvo los tumbos y la ansiedad del mar.  
Y aprendimos tú y yo  
que la saciedad del amor nos es inalcanzable.

## IX

Todo lo que se puede amar lo amé contigo,  
en tu sangre arraigué,  
lo moriré contigo.

## El amor

### I

Alguien forró mi vientre  
con un mantillo de hierba tierna:  
allí gestó sus nueve relámpagos de lucidez  
la gracia del amor que se hizo aliento en mi cuerpo,  
esta abeja que construye con el misterio  
las celdillas del sol.

En red de jazmines bajó junto al agua deslumbrante  
[del tiempo.  
Esparcía el viento su aroma de eternidad  
—todo hálito nuevo de vida trae un gesto de Dios—  
y di por bien saldado  
ese dolor de noche que se enciende en mis ojos.  
Su presencia en mí es surtidor de vida.  
Cada mañana, para ahuyentar los rastros de la  
[sombra,  
suelta su risa cristalina;  
abre los días como frutos de luz  
y pule la corteza árida de las horas abyectas.

En sus labios se hornea el pan  
de la palabra justa y la noble ternura.  
Pulcra en su visión,  
en su afelpada redondez de durazno,  
la primavera viaja aromando su adolescencia.  
Miradla aquí, maravillada,  
cómo tiembla en el cerco tímido  
del primer amor.

II

Menudita,  
perdida en sus enormes ojos de piélagos extasiados,  
en donde una fragancia dolorosa tiembla.  
Desolada,  
nadando en su bata de orfandad;  
rodeándome con sus pequeños brazos  
que querían abarcar el perímetro de mi dolor,  
y no alcanzaba...  
Doblada bajo el peso de mi amor;  
colgada de mi cuello como la presea más alta,  
más cara, más amada en el tiempo de los tiempos.

III

No cegarán tu lámpara  
en torno a la cual gira el zumbido de los insectos,  
en vano intento por oscurecer tu llama.

No se cebarán en ti los tábanos de la ira,  
porque en la gracia del Señor  
se goza tu fe y tu fortaleza,  
y redondo es el otoño de las horas maduras  
que han sazonado en ti,  
pese a que en el nervio de tu alba  
apenas se inicia el vuelo.

Perdóname este dolor sombrío en que amanezco,  
este amor de encallada pesadumbre,  
esta humedad de mar que me diluye dentro,  
cuando vientos antiguos me derrumban de golpe  
con sal en la memoria.

Retén sólo de mí  
la hora del incendio celeste  
en que se hace diáfano el corazón de mi semilla  
y la palabra nace.

## **Marianne**

Después de leer tantas cosas eruditas  
estoy cansada, hija,  
por no tener los pies más fuertes  
y más duro el riñón  
para andar los caminos que me faltan.  
Perdona este reniego pasajero  
al no encontrar mi ubicación precisa,  
y pasarme el insomnio acodada en la ventana  
cuando la lluvia cae,  
pensando en la rabia que muerde  
la relación del hombre con el hombre;  
ahondando el túnel, cada vez más estrecho,  
de esta soledad, en sí, un poco la muerte  
[anticipada.

Qué bueno que naciste con la cabeza en su sitio,  
que no se te achica la palabra en el miedo,  
que me has visto morir en mí misma cada instante  
buscando a Dios, al hombre, al milagro.



Tú sabes que nacimos desnudos, en total  
[desamparo,  
y no te importa,  
ni te sorprende el nudo de sombra que descubres.  
Todo se muere a tiempo y se llora a retazos,  
has dicho,  
sin embargo, es azul de cristal tu mirada  
y te amanece fresca el agua del corazón;  
quitas fácil el hollín que pone el hombre sobre  
[las cosas,  
y entiendes en tu propio dolor al mundo,  
porque ya sabes  
que sobre todos los ojos de la Tierra,  
algún día, sin remedio, llueve.

## **Bajo el oro pequeño de los trigos**

Si me voy este otoño,  
entiérrame bajo el oro pequeño de los trigos,  
en el campo,  
para seguir cantando a la intemperie.  
No amortajes mi cuerpo.  
No me escondas en tumbas de granito.

Mi alma ha sido un golpe de tempestad,  
un grito abierto en canal,  
un magnífico semental  
que embarazó a la palabra con los ecos de Dios,  
y no quiero rondar, tiritando,  
mi futuro hogar,  
mientras la nieve acumula  
con ademán piadoso  
sus copos a mis pies.

Yo quiero que la boca del agua  
me exorcice el espíritu,  
que me bautice el viento,  
que me envuelva en su sábana cálida la tierra,  
si me voy este otoño.

## **El suicidio**

*Para Rubén Tamez Garza*

Pienso en la fecha de mi suicidio  
y creo que fue en el vientre de mi madre;  
aun así, hubo días en que Dios me caía  
igual que gota clara entre las manos.

Porque yo estuve loca por Dios,  
anduve trastornada por él,  
arrojando el anzuelo de mi lengua  
para alcanzar su oído.  
Su fragancia penetraba en mi piel  
palabras que no alcanzo a entender,  
que no voy a entenderlas, quizá...  
Aprendí muy tarde a conocer varón,  
lo sentí dilatarse con toda su soledad  
dentro de mí.  
Fue una jugada turbia,  
un error sin caminos.

Fue descender al núcleo fugaz de la mentira  
y encontrarme, al despertar, rodando en el vacío  
bajo una sábana de espanto.

Fue lavarle la boca a un niño  
con un puño de brasas  
por llamar natural lo prohibido;  
por arrastrar con cara de mujer madura,  
ese carro de sol inútil: la inocencia.

Fue arrancarte las uñas de raíz,  
arrastrarte,  
meterte en la oquedad de la miseria, a bofetadas,  
por el ojo hecho llama sombría, del demonio.

## **Entre la soledad ruidosa de las gentes**

Busco un hombre y no sé si sea para amarlo  
o para castrarlo con mi angustia.  
Tengo hambre de ser  
y me siento frente a la ventana  
a masticar estrellas  
para que este dolor de estómago sea cierto.  
La verdad es que duele en los nervios  
todo el cuerpo, esta noche, hasta los tuétanos.

En la casa contigua  
grita una mujer las glorias de la Biblia  
y no conoce a Dios.  
Su voz huele a vinagre, a aceite de ricino,  
y Dios no huele a eso.  
Entre mil olores reconocería el suyo.  
Algo que no digiero me ha hecho daño esta tarde.  
He visto a otros más humildes que yo.  
No quiero reconocerme en ellos.  
De tanto huir se me han caído las palabras

hasta el fondo del miedo:  
no salen, rebotan dentro como canicas, suenan  
[sordas.  
Sin querer, me doy cuenta que me he quedado  
[en la ruina.  
Me falta lo mejor antes de irme: el Amor.  
Y es tarde para alcanzarlo,  
y me resulta falso decir:  
–Señor, apóyame en tu corazón,  
que tengo ganas de morir madura.  
Nadie madura sin el fruto.  
El fruto es lo vivido y no lo tengo:  
lo busco ya tarde,  
entre la soledad ruidosa de las gentes  
o en el amor que intento, y doy, y espero,  
y que no llega.

## **La negación**

Yo tuve un hermano  
de esos que duelen siempre en la conciencia.  
No éramos del mismo vientre  
mas nos unía como al mar sus aguas.  
Éramos la misma sangre.  
Desde que nació no supo sino del ciego viaje  
del abandono al llanto.  
Fue tenaz el calar de la gota en las entrañas  
y abrió cavernas en su pulmón de niño.  
En un charco de miseria,  
doblado bajo un sol de invierno,  
se marchó en soledad a la mitad del día.  
Dicen que lo vació una tos;  
pienso que fue el reproche anudado  
lo que estranguló de golpe sus arterias.  
Ahora ya saben la historia de los ovarios tristes  
que no paren un hijo anónimo  
para que lo lapide el tiempo.



## Ser la estancia habitada

*Para Luis Mario Schneider*

Bajo del norte, pero mi voz zaleada  
viene de más lejos,  
donde ni el gozo, ni el dolor,  
ni el punto cardinal la fijan.

¡Qué abruptos precipicios para la planta errátil,  
donde cada girón de mí se va quedando!

Hoy quisiera dormir... duele tanto el cansancio.  
Dormir para soltarme los ojos que corrieran  
sobre el oro tranquilo de las colinas que arden,  
o sobre la plumiza luz  
que baña las planicies reseca de mi tierra.  
Por un día tan sólo  
ser la estancia habitada de la mujer madura;  
o la criatura de agua  
a quien el iris se le afina de sueños

y yace, brizna dócil bajo el cristal sensible del  
[rocío.

Pero,  
¿quién alzará la tienda en donde yo me recoja?

## Cartas para el hermano

*Para Alfredo y Elia*

### I

También se muere de pie, hermano,  
a retazos,  
rechazando la vida,  
bebiendo en el insomnio  
de un solo trago el mar.  
Se muere de rodillas, hermano,  
quitándole a la mesa el pan,  
a la noche el sueño,  
a la vigilia el sol  
para entregarlo al mundo.  
Se muere también de sed,  
de oprobio, de vergüenza,  
de esperanza fallida.  
Se muere de calumnia, de deshonor,  
de ingratitud,  
de proscripción injusta;

del poder de los pocos  
y el gemir de los muchos.  
Y nadie puede detener la marcha  
funeral del tiempo  
ni vivir por nosotros.  
Mentira que morimos  
cuando se apaga la última célula  
en el cielo del cuerpo.  
La muerte nos congrega en su redil de sombras,  
los ángeles nos miden al nacer el sudario  
y no fallan las cuentas.

II

Antes de que me marche  
hacia cualquier rincón de esta escala  
o cualquier otra escala,  
quiero decirte, en serio,  
que el Amor es el lujo más alto de la vida,  
y que ciegos andamos  
—termitas incansables—  
tras los bienes terrenos,  
cegando los caminos por donde la luz nos entra.  
Decirte que en la prisa, esclavos, prisioneros,  
disputamos ingenuos un reino de ceniza  
y lo turbamos todo: